

LA TRILOGÍA

Ciencia Ficción

EL COMIENZO

ATLANTIS

EXILIO

GÉNESIS

MANFRED KUPITZ

Esta novela es una obra de ficción, producto en su totalidad de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas, nombres, lugares, organizaciones, instituciones o creencias, no es intencionado, sólo pura coincidencia.

**EL COMIENZO:
ATLANTIS
EXILIO
GÉNESIS
MANFRED KUPITZ**

Editado por:
CULTIVA LIBROS
Lantia Publishing S.L.
C/ Méndez Álvaro 18 2ª Pl.
Madrid 28045
España
Tlf. 912049636
www.cultivalibros.com
info@cultivalibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16073-38-2
Depósito Legal: SE 2381-2013

Maquetación, diseño y producción: Cultiva Libros
© 2013 MANFRED KUPITZ
© 2013 Cultiva Libros, de esta edición

Registro de la Propiedad Intelectual:
ATLANTIS-Nº de Registro: 00/2010/2009
EXILIO- Nº de Registro: 00/2011/4435
GÉNESIS- Nº de Registro: 00/2012/3583
EL GUARDIÁN DEL EQUILIBRIO- Nº de Registro: 00/2012/3584

Los personajes: El Farero, Arnoldo Müller, Pecheta, Rita y otros; los perros Valentía y Lealtad, así como la ficticia “Isla del Farero”, están basados en la novela “EL FARERO”, de Pino Naranjo, con la autorización expresa de la autora.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

*Dedicado a Pino Naranjo
por su apoyo incondicional
y por mostrarme el camino.*

*También le agradezco su autorización para utilizar
personajes y lugares de su novela El Farero.*

Índice

ATLANTIS	13
EXILIO.....	173
GÉNESIS	367
ANEXO	677

EL COMIENZO

ATLANTIS

EXILIO

GÉNESIS

ATLANTIS

LIBRO PRIMERO

ESTA HISTORIA COMIENZA EN LA REMOTA ÉPOCA,
CUANDO UN CONTINENTE LLAMADO RUKANKOR
DOMINABA LA TIERRA.

Rukulkán, Creador del Universo y de todas las cosas, estaba furioso con los hombres que poblaban un pequeño planeta, en algún rincón casi olvidado de sus dominios. Decidió borrar esa mancha de su obra.

Extracto de una inscripción
sobre lámina de material desconocido
perteneciente a la Colección Arnoldo Müller

HACE MÁS DE DIEZ MIL AÑOS...

Los astrónomos ya no albergaban dudas sobre su descubrimiento..., ¡había que informar al Soberano del Imperio!

—Gran Rukal, Eminencia Divina, viva imagen de Rukulkán el Creador..., ¡interceda con el Todopoderoso para que salve nuestro Mundo! Un asteroide colisionará dentro de dos años y ciento veintidós días. ¡Tiene tamaño para destruir todo el planeta!

El Gran Rukal se recluyó en el templo dos meses, en comunión con Rukulkán, rezando por la salvación de la Tierra. Concluido su retiro, mandó llamar a los astrónomos y Sumos Sacerdotes.

—El Todopoderoso Rukulkán, ha tenido a bien perdonar su miserable existencia a este planeta..., ¡por esta vez...!, pero no a nuestro continente. ¡Rukankor..., perecerá!

¡Qué los Gobernadores preparen sus tribus para la evacuación y en las instalaciones del Monte Rukán, guarden grabados contando la historia de nuestro gran pueblo!

—Pero su Divina Eminencia... ¡no quedará ni rastro del Mundo...!

—¡Tened Fe... y paciencia!

Comenzaron los preparativos para abandonar Rukankor..., sin informar a la población, con la duda e inquietud de los enterados.

Pasados cuatro meses, los astrónomos del observatorio en el Monte Rukán, siguieron como todas las noches, el progreso de la enorme roca celestial hacia su destino. Vino con atroz velocidad, rozando la atmósfera de Júpiter para pasar de largo. Entonces... ¡el Milagro! Observaron una luz brillante, cegando los instrumentos...

Cuando se disipó, la mole se había partido en seis segmentos de diferentes tamaños, con multitud de pedruscos pequeños.

Pronto calcularon sus trayectorias. A las dos semanas estaba confirmado..., ¡los fragmentos iban a pasar de largo!, muy cerca de la Tierra, excepto uno, de tamaño mediano acompañado por la mayoría de los pedruscos... El punto de impacto previsto, estaba en el centro del continente Rukankor.

La órbita de los otros bólidos, a través de milenios, volvería a acercarlos a la Tierra.

Rukulkán cumplía su promesa a rajatabla.

EN EL PRESENTE...

El Director del Gran Telescopio de Canarias en la isla de La Palma, se disponía para ir a desayunar, cuando llamaron a la puerta de su despacho.

—Pase.

—Señor Director, tengo aquí una carta... A la atención del Director del Gran TeCan, dice, "Le encomiendo cuanto antes, echar un vistazo a las coordenadas apuntadas arriba. Puede que la Tierra esté en peligro. Saludos...". Parece otro chiflado que cree haber visto algo... ¿la tiro?

—Mmm... désela al gandul de Linares..., cree que como está a punto de terminar su contrato, puede estar mano sobre mano, ¡qué trabaje!

Esa noche sonó la línea directa en la habitación del Director.

—¿Quién?

—Linares, señor. Por favor... ¡mejor suba aquí para ver esto!

A la mañana siguiente, el ayudante del Ministro de Defensa, tocó en su puerta.

—Adelante.

—Señor Ministro, el Director del Gran TeCan insiste en hablar con usted en persona. He intentado deshacerme de él, pero sigue llamando y no quiere dejar un mensaje... ¿Qué hago?

—Pues... qué remedio, pase la llamada...

—Sí..., dígame.

—Señor Ministro, ¡tenemos que reunirnos de inmediato, se trata de un asunto muy serio!

—¡Linares, preséntese de inmediato en el despacho del Director!

—Ya voy jefe.

—¡Sin pasar por la cafetería!

—Señor Director, ¿me mandó llamar?

—¿Dónde archivó la carta de ese loco?

—¡En la basura...! Después de introducir las coordenadas en el ordenador..., pues..., precisamente por ser una chifladurilla..., ¡no tenemos archivo para esas cosas!

—Ya veo... ¡puede retirarse!

—Conserjería, al habla el Director. Una carta dirigida a mí, ha acabado por accidente en la basura..., ¡tiene que ser encontrada a toda

costa! ¡Revisen las papeleras y que la Guardia Civil pare a los camiones de basura que hoy han pasado por aquí!

¡Maldito sea!, — pensó, mientras encendía con ansiedad un cigarro por donde el filtro — ¡aquí nos llega una carta con el mensaje más importante del siglo y Linares la tiene que tirar a la basura!, ¡hay que ser torpe...!

Mientras tanto, Linares se dirigió con paso lento hacia la cafetería..., una mano en el bolsillo, comprobando con disimulo, que la carta misteriosa seguía donde la puso la noche anterior.

—¡Con qué... “falsa alarma”, “fallo del software”! Pamplinas, — rumió — ¡yo sé lo que he visto!

Durante las siguientes semanas, daban noticias bastante extrañas en la televisión, prensa y redes sociales..., con los consiguientes rumores y chismorreos... Jefes de Estado reunidos en secreto, sin la obligada “foto de familia” y sin comentarios a la prensa... Incluso se vieron Mandatarios, que meses antes amenazaban “borrar el uno al otro del mapa”.

¿Qué estaba ocurriendo...? ¿Se avecinaba la tercera gran guerra..., un nuevo crack financiero..., una amenaza nuclear o biológica..., la “nueva gripe” iba a arrasarse la Humanidad...? Nadie sabía nada..., ¡nunca antes hubo tanto hermetismo!

Sólo un operativo, perteneciente a una organización de seguridad nacional de su país, agencia que oficialmente no existía..., con demasiadas deudas por la adquisición de ciertos “analgésicos”, intentó vender a un tabloide neoyorquino el expediente sobre algo llamado “Operation Overkill”. No acudió a su cita con el reportero..., no se le volvió a ver..., no hubo esquila.

Los rumores que siguieron este episodio, complacieron a los encargados del encubrimiento..., ninguno se acercó por asomo a la verdad. Sin embargo, para confundir a la opinión pública, fueron desmentidos con tanta insistencia, que se les dio aun más crédito. ¡Había que ganar tiempo...!, si la verdad saliera a la luz, ¡caecería tanto caos y anarquía!, que los bólidos camino a su encuentro con la Tierra, pasarían a segundo plano. Dejaron a los medios de comunicación seguir de cazafantasmas...

El único cabo suelto, era la famosa carta y su autor, que incluso ponía el remite en el sobre. ¡Y a un aprendiz de astronomía de los cojones, se le ocurre tirarla a la basura! Pero quién iba a saber...

Los comunicados de las autoridades, decían algo como, “¡no está ocurriendo nada! ¡Todo está bien..., dejémonos de histeria!”

Entre los informados, no había nadie que recordara a tantos gobiernos estar de acuerdo en algo.

Al pasar los meses sin pena ni gloria..., el asunto quedó en el olvido. Sólo un aprendiz de astronomía, despedido hace tiempo, tenía una idea de lo que estaba pasando, pero no se atrevió a hablar del asunto..., acto prudente o cobarde que, sin él darse cuenta, le salvaría la vida.

Una vez comprobados, mil veces revisados y por fin confirmado que ya no quedaba ninguna duda, sobre la autenticidad de los datos aportados por el telescopio de La Palma y lo que el destino tenía previsto para la Tierra..., lograr que los países con más recursos tecnológicos y financieros unieran sus fuerzas, para luchar conjuntamente por la salvación de su mundo..., aún era tarea complicada..., si bien no tanto como auguraron algunos. En fin..., ¡todos en el mismo barco!, sin botes salvavidas. Un buen argumento para convencer al más reacio.

Los que no tenían medios para ayudar en la monumental tarea, lo hicieron con su silencio. Había que guardar el secreto, sin importar en absoluto el coste económico o..., en vidas.

Vigilaban a astrónomos, aficionados y cualquiera con la posibilidad de descubrir o desvelar el secreto.

Por el ciberespacio hacían circular información, sobre el inminente estallido de una supernova, con todo lujo de detalle y de la zona del cielo que había que observar. Así la mayoría de las miradas, irían hacia esa estrella..., alejándose de la zona caliente.

No obstante, un puñado de personas desaparecieron de imprevisto con sus familias..., para quizás algún día volver de unas vacaciones largas y forzosas, aunque nada desagradables, a villas de lujo con todas las comodidades..., sin ninguna posibilidad de comunicar con el exterior.

Otros, menos dispuestos a cooperar, corrieron distinta clase de suerte...

Mientras tanto, el mundo estaba pendiente del colosal espectáculo que iba a dar el estallido de la supernova, reforzado con una fuerte campaña mediática.

En otros lugares se trabajaba a marcha forzada y contrarreloj, en la "Operation Overkill", llamada así porque según las palabras del General al mando, iban a lanzar tal poder destructivo contra esa maldita roca, como para mandarla directo de vuelta al infierno del que salió. Los restantes cuatro fragmentos seguirían de largo, esperando su oportunidad a la siguiente vuelta...

—¡Qué Dios te escuche! — Pensó más de uno...

Aunque, en principio tenían lo que hacía falta. Más de medio año de tiempo extra para los preparativos, gracias al rápido descubrimiento de la amenaza, a raíz de una carta misteriosa. También disponían de las armas necesarias. A la vista de tan grave peligro, el Gobierno Chino admitió, tener muy pronto operativa una "Bomba de Juicio Final", capaz de *cuasi* pulverizar parte del Planeta.

Los mejores cerebros del mundo, se pusieron a terminar el trabajo empezado en China.

Para asegurar el éxito de la misión, fabricaron cuatro ojivas que después, montarían en una nave prototipo modificada, de un futuro viaje a Marte de la NASA.

Fue lanzada con apenas unos días de margen, para detonarlas por encima del bólide. Existía la posibilidad, que la onda de choque cambiara la órbita de los cuatro restantes. La cuestión era, ¿a qué órbita...? No había tiempo para delicadezas, ¡tenían que actuar..., no dudar!

También, como en la mayoría de los casos serios, había un “plan-B”..., aun más secreto si cabe, para que no cundiera el pesimismo entre los enterados.

Escogieron al viejo transbordador Atlantis.

Anclado en la Estación Espacial Internacional, blindaron su casco en lo posible contra impactos de pequeños meteoritos, instalaron tanques de combustible auxiliares y vaciaron su interior, dejando sólo lo imprescindible para funcionar.

Llenaron el Atlantis con lo más relevante, además de archivos con datos, que darían cuenta de todas las culturas de la Tierra. A cada país le fue asignado un contenedor con peso y tamaño especificado, para depositar en él, lo que estimaran más representativo.

Una vez preparado, un astronauta..., por supuesto voluntario, sabiendo que jamás volvería a ver la Tierra..., lo llevaría a una trayectoria elíptica, la cual al cabo de dos años, lo devolvería a su punto de salida.

Aparcaría el Atlantis, en el lugar y órbita de la Tierra de seguir existiendo, para dejar allí un recordatorio del Hombre..., con todos sus logros y fallos.

Como era posible que el valiente piloto no acabara su viaje con vida, el “aparcamiento” final, lo podría realizar el ordenador de a bordo.

El gesto noble y desesperado, de una Humanidad condenada..., eternamente a la espera de que alguien pasara por ahí y lo encontrara.

Pero..., ¡aún no estaba todo perdido!

En la cantina del edificio de la NASA, dos aspirantes a astronauta tomaban un tentempié.

—¡Envidia a Jones!

—¿Y eso?

—¡Ser el último hombre vivo...! ¡Yo me apuntaría!, y además, si esta misión llega a efectuarse, significa que todo lo demás ha fallado..., ¡se acabó! Aquí sólo quedarán escombros, ¡nada más...!, mientras Jones vivirá hasta que se le agoten los alimentos o el oxígeno.

—Sí, y me dijeron que él está empeñado en aguantar lo máximo posible..., hasta aprende unas novedosas técnicas de respiración, para usar el mínimo aire.

—Es que quiere ser “él”, quien coloque el Atlantis en su órbita final y no un maldito ordenador. Por eso lo escogieron..., no se detiene ante nada, ¡es una máquina!

—Ya..., entonces de cualquier modo..., ¡será una máquina, quien aparque el Atlantis!

—Por lo menos, no va a pilotarlo uno que a los pocos meses, termine majareta y apunte la nave transportando lo que quede de la Humanidad..., hacia el Sol.

Una noche..., al año después de que el Director del Gran TeCan recibiera una extraña carta..., en el cielo sobre Australia y Nueva Zelanda observaron un colosal destello de luz, que durante unos segundos convirtió la noche en día.

La mañana siguiente, Francisco Linares a sus treinta y cinco años, mostraba un rostro excesivamente cansado, con ojeras profundas, acentuadas por su complexión delgada, que le daban un aspecto enfermizo. Aun así disfrutaba con deleite del cortado y bocata matinal, en la cafetería de siempre. Como cada día desayunando, escuchó las noticias.

El presentador, empezó con una frase fuera de lugar.

—¡Demos gracias a Dios...! ¡Hace sólo unas horas, este Mundo fue salvado de su total destrucción! Tengo en mis manos un comunicado conjunto de la ONU y de la NASA que dice: “Hace algo más de un año, fue detectado un grupo de cinco asteroides de grandes dimensiones. Uno de éstos, con trayectoria de impacto directo sobre la Tierra. Dada su enorme masa y velocidad, habría significado la total destrucción del planeta. Gracias a un esfuerzo conjunto global, un misil nuclear fue detonado sobre el objeto, destruyéndolo por completo.

Por desgracia, todavía queda gran cantidad de fragmentos y escombros con la misma trayectoria hacia la Tierra. Su llegada está prevista antes de quince días. La mayoría se desintegrará al entrar en

la atmósfera. Gran parte de los que impacten, lo harán en el mar o sobre zonas despobladas. Sólo esperamos daños mínimos y puntuales. La población de las zonas amenazadas, será alertada con antelación.

Queremos añadir a este comunicado, nuestro más sincero agradecimiento a la persona que en una carta anónima advirtió a las autoridades del peligro y dio las coordenadas del asteroide, adelantando su descubrimiento en al menos medio año, lo que ha posibilitado la puesta en marcha, de la misión con nombre clave "Operation Overkill", dando como resultado la eliminación de la amenaza.

Esperamos que esta persona algún día se dé a conocer, para que el Mundo pueda rendir el debido homenaje, a quien hizo posible su salvación".

—Señoras y Señores, — continuó el presentador — después de unos breves anuncios, hemos preparado para ustedes un informe especial sobre estos acontecimientos. Por favor, sigan sintonizados...

Linares se dijo a sí mismo.

—¿Carta anónima...?, ¡cuentos chinos!, ¡tenía el remite en el sobre! ¡Lo sabía...!, esa carta no era de ningún chiflado.

De repente, le entraron prisas para llegar a casa y buscar una carta que había guardado hace tiempo. Dejó el importe sobre la mesa, cogió su bocadillo medio terminado y dio la vuelta con prisa para dirigirse hacia la salida..., cuando él y también su bocadillo, chocaron con un elegante traje gris, de lo mejorcito, impecable..., ¡y ahora con una buena mancha de mayonesa donde el hombre, de mediana edad y aspecto deportista, tendría el corazón!

—¡Coño...!, ¡cuánto lo siento!, — tartamudeó Linares — que torpe soy, ¡mire como he dejado su traje!, espero que esa mancha salga, naturalmente pagaré la tintorería.

—Descuide..., no pasa nada..., mañana iba a llevarlo a limpiar.

El individuo quitó importancia al asunto y siguió su camino.

—¡De una buena me he salvado!, — caviló Linares — hay que controlar esos nervios..., ¡seguro que la carta, sigue en la caja de puros!

Y así fue..., abrió la caja, tras retirar algunas facturas..., ¡ahí estaba, tal como la había guardado hace un año!

—Vamos a ver..., la carta sólo lleva el mensaje. En el sobre por delante pone, “A la Atención del Director del Gran TeCan”, el sello y la dirección, nada más.

En el remite..., ¡sólo una gran mancha de café o algo parecido!

A Linares por poco se le para el corazón.

Para volver a ponerlo en marcha, sirvió con manos temblorosas un *Jameson* bien cargado..., parte del cual, por un pelo también hubiera acabado sobre la carta.

A mitad del segundo güisqui, sentado en su sillón favorito encendió la lámpara de lectura y quedó mirando el sobre..., volteándolo... ¡De repente creyó, ver unas marcas muy débiles debajo de la mancha! Tuvo una idea..., fue a la mesa del ordenador, lo encendió y puso el sobre en el escáner. Escaneó el revés dónde la mancha, a máxima resolución, después pasó la imagen al programa de edición de fotos; tras algunos ajustes subió el contraste y amplió la parte donde debería estar el remite. Al ir acercando el zoom..., iban apareciendo sombras de letras que apuntaba una a una. Al fin le salió: “Ar o do Mü l er Pto. e a Cru nerife”.

Linares dio un gran suspiro.

—¡Ya lo tengo!

Como todavía estaba en el paro y un tío de Venezuela sin más descendencia que él, le había dejado la casa donde vivía y un pequeño capital, no le supuso ningún problema embarcar en un viaje imprevisto. Reservó plaza en el siguiente vuelo a Canarias para desembarcar en el aeropuerto de Los Rodeos en Tenerife y coger un taxi al Puerto de la Cruz.

Ya estaba allí..., sentado en una cafetería de la céntrica Plaza del Charco, pensando.

—Y ahora..., ¿qué?

Se registró en un hotel próximo al mar, para a continuación recorrer bares y restaurantes, preguntando por Armando o Arnoldo Müller.

Tras pasar los días sin resultados, frustrado recapacitó.

—¡Ser detective no es lo mío!

En un chiringuito del muelle, cerca de la grúa que usaban los pescadores para sacar sus barcas del mar, pidió un vaso de tinto.

—¡Qué sitio más tranquilo y relajante!, con la vista sobre el puerto pesquero y la pequeña playa de callao. — Suspiró.

Miró distraído las curiosidades que decoraban la pared trasera del chiringuito..., para acabar fijándose en la vieja fotografía de una roca, con el mar de fondo y algo parecido a un faro, medio en ruinas. Lo que llamó su atención era una dedicatoria en la esquina inferior derecha..., “Saludos, Arnoldo”.

—¡No puede ser! — Pensó, fue hacia el que sirvió la copa para preguntar.

—Oiga, el que firmó esa foto..., ¿no será Arnoldo Müller?

—Sí..., ¿lo conoce?

—No, pero me gustaría conocerlo. ¿Sabe dónde vive?

—¿Por qué?

—Tengo una carta suya y necesito hablar con él.

—Bueno..., él pasa por aquí de vez en cuando..., un año sí..., otro no... Vive en la isla donde sacó la foto y ¡quién sabe dónde está eso! Lo que sí sé, es que allí no lo conocen por su nombre..., se hace llamar “Farero”. Me lo contó una vez después de pasarse un *pelín* con el tinto..., parece que en su isla el vino escasea.

—¿Y se hace llamar..., “Farero”?

—Sí..., y no me pregunte por qué. De todos modos hay que ser bicho raro, para vivir en un sitio así..., ¿otra copa?

—No gracias, pero a lo mejor me puede decir quién sabe, dónde está esa isla.

—Pregúntele a Mingo..., ahí en “La Pandorga”.

—Gracias.

Linares siguió por donde indicó el hombre, hasta llegar a la calle de la playita, que miraba a una pequeña plaza..., enfrente, “Tasca Bar La Pandorga”.

Dentro, preguntó por Mingo.

—Soy yo..., ¿en qué puedo ayudarle?

—El del chiringuito del muelle me dijo que usted quizás sabe, dónde puedo encontrar a Arnoldo Müller o “Farero”.

—No lo conozco, muy bien, pero lo he visto a menudo por aquí, quien le conoce es ese, allí en la mesa de la esquina..., el manco. Está usted de suerte, suele venir sólo unos días cada tantos años.

—¿Cómo se llama?

—Pecheta.

Linares se acercó a la mesa de la esquina.

—¿Señor Pecheta?

—Sólo Pecheta.

—Me llamo Francisco Linares. ¿Puedo hablar un momento con usted?

—Si no tiene nada mejor que hacer..., siéntese.

Pecheta era de estatura más bien baja, corpulento, de abundante y grueso pelo negro, obviamente cortado por él mismo, o por alguien con la misma minusvalía..., le faltaba el antebrazo izquierdo. Su cuarta de vino, estaba casi terminada.

Linares tomó asiento.

—Permítame invitarle a un vinito.

—Y a qué viene eso..., ¿no será usted..., desviado?

—Verá..., Mingo dijo que usted conoce a Arnoldo Müller..., lo estoy buscando.

—Arnoldo Müller..., ni idea, ¿quién es?

—Es farero, o se llama Farero..., algo así.

—¡El Farero...! ¡Claro que lo conozco...! El muy listo, ¡quería robarme el perro!

—No me cabe duda que es muy listo, pero lo busco por esta carta.

— Linares la puso sobre la mesa.

—¡Vaya carta...! unos cuantos números y letras y poco más.

Linares se lo jugó todo, confiando en aquel desconocido.

—A fin de cuentas, — reflexionó — se ve a la legua que carece de ambiciones y malicia, además..., ¡no me queda otra!

—¿No ha visto usted las noticias? Alguien avisó de la llegada del asteroide, con meses de antelación. Sin su alerta no hubieran tenido tiempo para destruirlo. ¡Esta carta fue el aviso!

—¡Joder...! ahora sí, acepto ese vino, lo necesito..., ¿no me estará tomando el pelo, verdad?, ¡qué si me cabreo...!

—Tranquilo..., es usted el primero a quien se lo digo. ¡Esto queda entre nosotros!, ¿vale...?

Linares giró hacia la barra.

—Mingo, cuando pueda..., medio de tinto y un vaso por favor.

—Marchando.

—Así que..., hábleme del Farero, — Linares volvió la mirada hacia Pecheta — ¿sabe dónde está esa isla en la que vive? Tengo que llegar allí y hablar con él.

—Es mi vecino. Bueno..., vecino porque en la isla no vive nadie más. Yo tengo la taberna y él vive en el viejo faro..., llegó allí antes que yo.

—¿Y usted tiene una taberna..., donde sólo vive otra persona? — Preguntó Linares incrédulo.

—Así sólo tengo que echar a un borracho a la vez, ya ve..., con un solo brazo, eso cuesta. Bueno..., fuera bromas..., aquella isla tiene un pequeño puerto muy bien construido y bastante seguro. Casi todo el año hay unos cuantos *bermeanos* anclados para hacer reparaciones o esperar hasta que el mar se tranquilice. Mientras tanto, tengo a los pescadores de clientes, ¡sin competencia! ¡Aquí hay tabernas que no marchan tan bien como la mía...! y además, soy el Rey de mi colina.

—Ya veo. Y lo del brazo, ¿Cómo pasó?

—Lo di por la Patria, soy veterano...

—¿Cómo...? perdone, no le entendí.

—¡Soy veterano de guerra! — Repitió Pecheta orgulloso.

Linares inconscientemente hizo cálculos buscando la guerra en la que por años podía encajar, pero se dio por vencido y volvió a sus cosas.

—Cuénteme más, sobre Arnoldo Müller.

—Como le dije, llegó a la isla antes que yo..., no sé cuándo. Parece que pasó parte de su infancia allí. Sus padres vinieron con una comuna de esos hippies, que se instalaron en la playa más grande durante los setenta. Después, ya mayor volvió para quedarse, ¡no sé qué busca en un sitio perdido en mitad de la nada, que no llega ni a dos kilómetros de ancho...!, bueno, también estoy yo..., pero yo estoy ahí por el *business*, ya sabe, negocios...

—¿Y Müller, trabaja de farero?

—¡Qué va...! sólo vive en la casa del viejo faro..., mejor dicho, la ocupa porque..., ¡qué yo sepa ese faro no es de nadie...!, los pescadores que pasan por la isla, le temen..., no sé por qué, es sólo un viejo faro, más bien una ruina. Creo que lleva siglos sin funcionar. El Farero arregló parte de la casa pegada al faro, para vivir.

—¿Y esa isla, dónde está?

—Al suroeste de Azores..., sólo aparece en algunos mapas náuticos, listado como “arrecife peligroso”. Todas las rutas marítimas, le dan un buen rodeo. Los únicos que saben llegar, son unos cuantos pescadores, aun así, más de uno ha terminado con su barco sobre las rocas..., es una zona muy difícil.

—Sin embargo, allí es donde quiero ir, ¿conoce alguien, que me pueda llevar?

—Ya le dije, solo un puñado de pescadores saben llegar. Espero que usted, no hable con nadie de la isla..., los marineros son muy celosos con su escondite.

—Mis labios están sellados. — Afirmó Linares.

—Bueno..., espero que así sea, por su bien..., quizás esté usted de suerte, mañana me embarco de vuelta, ya sabe..., hay que atender al negocio. Si quiere, *estese* a mediodía en el chiringuito del muelle. Es cuando vienen a recogerme. Estoy seguro que a Florido, no le importa llevar otro pasajero más..., por un módico precio naturalmente. ¿Le interesa un viaje en *bermeano*? Prometo que va a ser movidito.

—Ahí estaré..., con pastillas contra el mareo.

—Bien..., también traiga todo lo que pueda necesitar para el tiempo que piense quedarse..., la próxima tienda va a estar muy lejos. Puede comer en mi taberna, así me traigo de vuelta un nuevo cliente. Pero queda advertido..., es un viaje sólo de ida, yo no me voy de allí, hasta dentro de un año. Florido sólo nos deja en la isla, después sale a faenar. A menos que vuelva con otros pescadores..., le tendré de cliente todo el año. Hay un cuarto libre al lado de la taberna, también algunas de las casitas que usan los marineros están desocupadas.

—Me parece muy bien..., nos vemos mañana.

Linares se levantó, pagó su cuenta y fue hacia la calle.

En otra de las mesas, un hombre vestido con shorts, sandalias y camisa de colores chillones, bajó el periódico que aparentaba leer, siguiendo a Linares con la mirada. Cuando lo perdió de vista, empezó a fijarse en Pecheta.

Pasados dos minutos, un chico de unos trece años con cresta verde de mohicano, entró por la puerta, se acercó al hombre vestido de turista y puso una hoja de papel doblada varias veces sobre su mesa.

—Para usted. —Explicó, mientras volvía a salir por la puerta.

El hombre puso cara de sorpresa, pero cogió el papel, desdoblándolo para empezar a leer:

“Por cien euros, tengo información sobre F. Linares. Si le interesa, espéreme en veinte minutos detrás del contenedor marrón, en el aparcamiento del muelle”.

Un cuarto de hora después, “el turista” cruzó el parking hacia un contenedor depositado al lado, cerca de un muro de piedra. Se puso entre éste y la pared, esperó..., un minuto, cinco minutos..., diez. Cuando ya se iba, sintió un roce sobre su hombro derecho, vio un brazo dentro de la manga de una chaqueta gris rodear su cuello, cogerse de la parte superior de la otra manga, que apareció por el lado izquierdo mientras sentía como la otra mano apretaba con tremenda fuerza la parte trasera de su cabeza, inmovilizándolo..., asfixiándolo. Pudo percibir con visión borrosa, las pintadas sobre el muro del parking, después..., nada.

Cuando quedó inmóvil, el traje gris lo iba deslizando lentamente al suelo detrás del contenedor. “Corbata Japonesa”, así llamaban sus maestros en artes marciales, el baile de brazos que dejó inconsciente al desafortunado reportero, muy útil contra objetivos desprevenidos, con el fin de incapacitar..., o matar. Para el traje gris..., simple rutina. Por suerte para “el turista”, esta vez, la rutina no incluía la segunda opción. Despertó unas horas después en un centro médico, con un

collarín y la ropa empapada de sangría y ginebra barata. También había perdido todo interés en Francisco Linares. Aunque su editor solía pagarle bien por sus investigaciones, gozaba de la suficiente inteligencia, para darse cuenta que en este asunto se jugaba la vida.

Ignorante de todo esto, Linares fue de compras..., antes pasó por una filial de su banco para retirar lo suficiente con el fin de no tener apuros, en un sitio donde no había cajeros.

A las once de la mañana siguiente, Linares ya estaba sentado en el chiringuito del muelle, a su lado dos maletas y una bolsa de viaje. Llevaba botas náuticas y ropa adecuada para la travesía en un barco, que no era precisamente un crucero de lujo. Tampoco olvidó las pastillas contra el mareo.

Saboreando su cerveza pensó.

—¿Qué coño estoy haciendo...? ¡Debo estar loco, esto es un santo disparate!

Pero otra voz en su cabeza, susurraba.

—¡Si no lo haces, te quedarás con la duda..., y vas a estar arrepentido el resto de tu vida...!

Fue esta segunda voz, que ganó la discusión interna...

Paco se volvió a relajar, cuando vio a Pecheta acercándose. Llevaba una mochila de *trekking* en la espalda, para no ocupar su única mano cargando bagaje.

—¿Listo para embarcar?

—Más que nunca.

—¡Tengo una pregunta! — Curioseó Pecheta.

—Dispare.

—¿No será usted..., extraterrestre, verdad?

Paco se quedó con la boca abierta..., pensando que estaba delante de un desequilibrado..., sólo pudo preguntar.

—¿Y eso por qué?

—Es que..., le siguen los “Hombres de Gris”.

—¿Qué coño...?

—¿Ve ese tipo junto a la grúa, estudiando un mapa? — Señaló Pecheta con la mirada.

—Sí.

—¿Qué viste?

—Lleva un traje gris..., — comentó Linares — parece ser algún ejecutivo.

—Pues..., ayer cuando estuvimos hablando en La Pandorga, se sentó el hermano gemelo de éste en la barra y pidió un vaso de leche..., ¡leche!

Fue cuando Paco Linares recordó el encuentro desafortunado de su bocadillo, con un traje gris..., en su cafetería favorita.

—Puede que haya algo en eso..., justo antes de venir a Tenerife, tropecé con uno de ellos, pero..., que quede claro una cosa, ¡de extraterrestre nada! De esos..., se encargan los “Hombres de Negro”..., ¿es qué no ve la tele...? Ahora en serio, ¿a qué puede deberse eso..., no es posible que estén detrás de usted?

—¡Ni hablar...! los cuatro *pelagatos* que me conocen, no saben más que mi nombre, no de dónde, ni cómo vengo. ¡Le quieren a usted...!, pero no para cogerle, ¡eso ya lo podrían haber hecho en cualquier momento...!, le están siguiendo..., me imagino, para ver a dónde va. Por lo tanto, al que sí quieren..., ¡es al Farero! ¿Cómo dijo que se llama..., Mudder o algo así, no?

—Arnoldo Müller. ¡Ya entiendo...! están detrás del que escribió esa carta..., y no necesariamente para invitarle a cenar o entregarle un premio. ¡Ahora más que nunca, tengo que llegar a su isla para

advertirle! Es asombroso verdad, ¡él salva al mundo y ahora le persiguen como si fuera el sucesor de Bin Laden!

—¡El mundo está loco! Eso ya se ha dicho antes, ¡pero ahora, lo dice Pecheta!

—Deben creer que dispone de una tecnología, que ellos no tienen..., — especuló Linares — y sí, ¡hasta pueden estar en lo cierto...! Yo estuve trabajando en el telescopio Gran TeCan en La Palma, cuando llegó esa carta para el Director. No la tomaron en serio y me la dieron a mí, para que echara un vistazo a aquellas coordenadas..., por si las moscas. Tardé un buen rato en darme cuenta, que allí sí había algo. De no mirar a ese preciso lugar y a máxima resolución..., cualquiera lo habría pasado por alto. El rastro de los objetos era tan débil..., creo que miré, justo en el momento cuando el asteroide estaba entrando en el campo del alcance de visibilidad del telescopio. ¡Pero la carta lleva matasello de once días antes! Supongo que se mandó desde aquí, del Puerto de la Cruz. Parece que dio muchas vueltas para tardar tanto, en llegar a La Palma. Da igual..., ¿Müller no tendrá aquí, en el Puerto, un telescopio con mayor resolución que uno de los mejores del mundo? Si algo así existiera, ¿lo tendría en su isla, verdad...? ¿Usted ha visto por allí una cúpula, con unos veinte metros de diámetro y el doble de altura?

—¿Está bromeando?

—Pues sí..., pero haría falta algo de ese tamaño o mayor, para detectar el asteroide..., al menos dos o tres semanas antes que el Gran TeCan. Así que, ¿cómo lo hizo...? ¡La respuesta a esta pregunta, desde luego sería un caso para los “Hombres de Negro”!

—Y esos trajes grises, — observó Pecheta — tienen pinta de no parar ante nada, para llegar primero. ¡Estamos atrapados...! y sin salida... Si no viajamos a la isla, pronto nos cogerán para sacarnos lo que sabemos ¡de manera muy desagradable...! Si nos vamos, nos seguirán, aunque sea en canoa..., además, apostaría el brazo que me queda, que tienen mejores recursos.

—¡Y deben tenerlos! — Afirmó Linares — Si no creyeron el cuento de que había tirado la carta, llevarían muchos meses vigilándome, y yo, ¡sin enterarme de nada! O lo hicieron con toda persona que estuvo en contacto con ella, incluyendo al Director. Si alguien me contara eso..., le diría que está como una cabra. Estamos aquí en este chiringuito, hablando tranquilos de una situación, que puede llegar a costarnos la vida..., o peor, ¡es cómo para salir de aquí corriendo!

—¡No llegaría muy lejos...!, — aseveró Pecheta — ¿acaso cree que ese de ahí, tiene un solo gemelo...? serán por lo menos quintillizos y si usted va a la policía, me imagino que vendrán enseñando placas del CNI o algo parecido y una orden de busca y captura por terrorismo. Lo que hasta ahora nos salva, es que todavía no sospechan que estamos al tanto... ¡No se ponga nervioso ahora y por Dios, no mire al traje gris! En este momento está en la barra del chiringuito..., le están sirviendo..., leche.

—¡Hay que pensar en un plan para despistarlos! — Continuó Pecheta — No será tarea fácil, hacer eso con unos profesionales. Sabrán todos los trucos..., ¡parecen robots! Me gustaría saber quién les da cuerda..., pero..., ¡no saben nada de Florido...! ¿Lleva usted algún dinero?

—Suficiente — afirmó Linares.

—Vamos a ver..., primero pida un par de cervezas más, y disfrute del paisaje.

Paco le hizo caso a Pecheta.

El traje gris, de pie al lado de la grúa, guardó su mapa, para subir unas escaleras hasta llegar al chiringuito y pedir un vaso de leche. Después de observar un rato con disimulo, sacó un móvil que a primera vista parecía ser un modelo muy antiguo..., debido a su tamaño y gruesa antena. Marcó un código.

—Control..., ¡identifíquese!

El traje gris contestó en inglés, con ligero acento.

—Siete..., el sujeto se encuentra en un bar del muelle, lleva equipaje, le acompaña el manco. Recomendando investiguen a ese individuo. También vigilancia de vías aéreas y marítimas.

—Confirmado posible intención de viaje, el sujeto retiró una suma importante de su cuenta. Prosiga seguimiento, no intervenga..., Control, fuera.

Siete, guardó su comunicador. Al poco tiempo, el objetivo se despidió del acompañante, dirigiéndose por la lateral del aparcamiento hacia la ciudad. Le siguió a una distancia prudente hasta La Pandorga, donde entró unos minutos después, sentándose en la barra cerca de la mesa de Paco. Éste, estaba charlando con el camarero..., le oyó decir.

—Ahora quiero ver un poco más de Tenerife..., uno de los pescadores de aquí, me va a recoger para dar una vuelta en su barco. ¡Mucho mejor que esos recorridos turísticos!

—Sí, mucho mejor. — Afirmó el camarero.

Siete, cogió un diario de la barra y empezó a leer.

Cuando las cervezas estaban casi terminadas, Pecheta miró su reloj.

—Florido está a punto de llegar. Ahora pague, vaya sin ninguna prisa a La Pandorga, coma algo y espere. Si habla con uno de los camareros, cuénteles que ha contratado a alguien, para dar una vuelta a la isla en barco de pesca. Cuando escuche una corneta de niebla tres veces, vuelva tranquilamente al muelle, cerca de la grúa y suba al *bermeano* "La Floridita". Sus maletas ya estarán a bordo. Siéntese en el

sillón de pesca de altura, como cualquier turista..., yo le serviré una bebida. Observe el paisaje, mientras abandonamos el puerto.

Cuando Paco iba camino a La Pandorga, se detuvo un momento delante de una tienda de artesanía canaria. En el cristal del escaparate, observó el reflejo de una figura gris, siguiéndolo... ¡bien! Retomó su camino.

Sentado en una mesa de la tasca, mientras pedía unas tapas y vino, escuchó a alguien detrás en la barra, pedir un vaso de leche..., ¡mejor!

Al terminar las tapas, pidió otro vino; pagada la cuenta, se puso a esperar...

Al oír el pitido de la corneta, Linares dijo en alto.

—¡Hasta mañana, Mingo!

Fuera de La Pandorga, iba sin prisa aparente hacia el muelle, donde vio un barco pesquero del tamaño adecuado para alta mar y casi cualquier condición meteorológica.

Siete, observaba desde el chiringuito como su objetivo subía a un pesquero. Le sirvieron algo para beber mientras el barco abandonaba el puerto.

Enseguida se puso en contacto con Control.

—El sujeto acaba de embarcar en el pesquero “La Floridita”. Según conversación escuchada, “para hacer una excursión”.

Recomiendo vigilancia de posibles enlaces con otra ruta de salida.

Puede ser necesario rastreo por satélite. Siete, fuera.

—Control, ¡identifíquese!

—Tres. La Autoridad Portuaria de la Dársena Pesquera de Santa Cruz de Tenerife informa: Registro de ruta de La Floridita, salida mañana para aguas de Mauritania, sin especificar área.

—Notifique si La Floridita vuelve al Puerto de Santa Cruz y registre el barco. Control, fuera.

La Floridita viró a babor, después de salir del puerto, rumbo a Punta Teno, manteniéndose cerca de la costa. Pasada la Punta, siguieron en dirección oeste a toda máquina..., perdiéndose pronto en el horizonte.

HACE MÁS DE VEINTE MIL AÑOS...

Era la edad oscura de Rukankor. Sus seis Naciones se batían en constantes guerras cruentas, ya sea por el dominio de las tierras o por cuestiones religiosas. Luchaban con lanzas, arcos y flechas, palos y otras armas rudimentarias, a lo sumo algunas catapultas y lanzadoras de jabalinas.

En aquella época remota surgió un gran líder espiritual llamado Rukal, en la Nación más pequeña, Rukangul, convirtiéndose en Soberano absoluto de su pueblo.

Cuentan..., que Rukulkán El Creador decidió poner fin a siglos de guerra, para dar a los pueblos de Rukankor la posibilidad de prosperar en paz. Las “Guerras Purificadoras”, llegaron a su fin cuando Rukulkán proporcionó a Rukal..., un arma tan poderosa que era capaz de arrasar en cuestión de minutos a todo un ejército..., no había ninguna posibilidad, ante un arma de tal incomprensible poderío.

Así..., las otras cinco Naciones se sometieron a Rukal, quien se proclamó “Encarnación viva de Rukulkán sobre la Tierra”, amo absoluto del continente Rukankor y el resto del mundo conocido.

Sólo un feroz clan de guerreros, rechazó cualquier trato de rendición.

Los Xiguán eran el puntal de su ejército, temidos hasta en su propia Nación por su espíritu guerrero indomable, su valentía y

código de honor. No admitían el concepto de rendición, sólo el de deshonor... ¡era preferible morir!

Luchaban para su Nación..., cuando lo veían necesario, pero ni el mismo Rey se atrevía a obligarles. Ellos se iban a la guerra armados con palos que manejaban con una maestría jamás vista en todo Rukankor..., hondas para lanzar piedras y unos cuantos arqueros de apoyo.

Cuando les comunicaron la rendición del Rey y la orden de sometimiento a Rukal, decidieron que era inaceptable tal deshonor, por lo que resolvieron hacer frente a Rukal.

Romén, General de los Xiguán, observó que el arma de Rukal vaporizaba al enemigo y parte del terreno que le rodeaba, impactando en blancos puntuales..., con poca frecuencia. Lo que atemorizaba al adversario era su devastador efecto..., totalmente silencioso... Donde segundos antes avanzaban cientos de guerreros... de súbito, ¡sólo un polvoriento cráter del que emanaban extraños vapores! Muchos de los que llegaron a respirar esos residuos..., morían a los pocos días a causa de inexplicables lesiones en ojos, pulmones y piel.

Romén ordenó a sus tropas dispersarse por todo el frente y flanquear al ejército de Rukal..., lanzando un desesperado ataque coordinado, con la esperanza de que unos cuantos logran atravesar las líneas enemigas, para hacerse con el control de esa terrible arma. El artefacto iba montado en una plataforma circular con seis ruedas, sobre una colina que dominaba el territorio en kilómetros a la redonda. Estaba rodeado por una palizada protectora que sólo permitía asomar parte de sendas esferas negras brillantes.

Sin embargo, los Xiguán ignoraban que las anteriores descargas sólo habían sido de advertencia..., para quebrar la voluntad y el espíritu de los guerreros enfrentados a Rukal. Propósito que cumplieron de sobra, excepto con aquel clan de luchadores, que se lanzaron desde todas las direcciones.

De repente, el arma misteriosa también impactaba en todos lados, casi al mismo tiempo, sin apenas pausa entre disparos.

Ochenta de cada centenar de guerreros Xiguán, cayeron en pocos minutos..., el resto fue capturado.

Después de la unificación de los territorios bajo el dominio de Rukal, lo que quedaba del clan de los Xiguán fue esparcido por todo Rukankor, para deshacerse el nuevo Régimen, de un pueblo problemático e indomable.

Rukal comenzó a gobernar el continente Rukankor, en nombre y representación viva de su Dios, Rukulkán El Creador. El pequeño territorio costero de la Nación inicialmente bajo su mandato, se convirtió en la gran Capital de Rukankor, que llamarían desde entonces Rukangul.

Allí, del pueblo de Rukal surgió la todopoderosa casta de los Sacerdotes de Rukulkán, quienes utilizaban los recursos y esfuerzos de toda la población del continente, para la glorificación de su Dios. Con el tiempo ordenaron la construcción en su honor, de magníficas pirámides, templos y palacios por toda Rukangul.

En la casta de los sacerdotes, progresaron las ciencias, el arte y la cultura... El resto de la población se dedicaba a la producción de víveres, materias primas y servicios, proporcionando también la mano de obra para los monumentales proyectos de la casta gobernante.

Viendo llegar el fin de su vida tras largos años de reinado, Rukal escogió al más prometedor de los jóvenes sacerdotes. Le preparó para la sucesión al trono, instruyéndole en los secretos de la comunión con Rukulkán.

Al iniciar éste su reinado, escogió llevar el nombre de Rukal como propio y el de todo su Pueblo, con el de “Gran Rukal” a título de Soberano..., manteniéndose en adelante esta tradición.

El clan de los Xiguán, repartido por todo Rukankor en pequeños grupos, no se dejó vencer tan fácilmente. Lograron conservar su espíritu y disciplina a pesar del aislamiento... A través de siglos, los teócratas de la Capital, se olvidaron de ellos... Pero ellos..., nunca olvidaron sus raíces.

Con el tiempo, lograron volver a unir al clan en una región lejos de Rukangul, cerca del Monte Rukán.

Allí, mezclados entre la población local, formaron una sociedad secreta, continuando sus antiguas tradiciones marciales... ¡Ya no sirvieron a ningún amo!

Pasaron los siglos, amontonándose en milenios ..., cuando un día fue proclamada la orden: “Toda la población, debe trasladarse a las grandes ciudades costeras, excepto los mineros encargados de la extracción de mineral en el Monte Rukán, el personal del telescopio y de las instalaciones científicas”.

El éxodo, se llevó a cabo con la disciplina de un pueblo, para el que las palabras de los sacerdotes, eran órdenes directas de su Dios.

El Gran Rukal dispuso que los habitantes de cada una de las cinco Naciones, se dirigieran a destinos muy alejados entre sí. Repartidos por todo el mundo conocido, para asegurar que no volverían a aflorar los antiguos conflictos y guerras, por no haber un gobierno central manteniendo la paz.

Era imposible, llevar la población entera a un solo territorio..., acabarían con los recursos de la nueva tierra, mucho antes de poder crear una infraestructura sostenible.

Cada Nación, iba a empezar de nuevo en un lugar distinto.

Tenían apenas algo más de un par de años, para lograr el monumental propósito, de evacuar todo un continente.

Primero los habitantes fueron trasladados a enclaves concretos de la costa, excluyendo sólo a los necesarios para la producción de alimentos o materias primas.

El resto, se puso a trabajar en la construcción de las grandes arcas, de tamaño suficiente para transportar a miles, con lo necesario para un nuevo comienzo, una vez llegados a su destino.

Dos meses antes de la fecha pronosticada del cataclismo, la mayor parte había abandonado las costas de Rukankor.

En aguas profundas, a unos cuantos kilómetros del puerto de la Capital Rukangul, se podía distinguir siete gigantescas siluetas, de las arcas fabricadas especialmente para los sacerdotes y la corte gubernamental. Eran ciudades flotantes, dando a las otras arcas que pasaban a su lado, aspecto de simples pesqueros..., serían las últimas en dejar atrás a un continente destinado a desaparecer.

Llegó el día, en que sólo quedaba la casta dirigente, con la servidumbre requerida para atender sus necesidades.

El Soberano estaba meditando en sus aposentos del Templo Mayor, cuando sintió la presencia del mayordomo..., sin girar la mirada se dirigió a él...

—Habla.

—Gran Rukal, una delegación de sacerdotes ruega su atención.

—Los recibiré en dos horas, en la Sala de las Columnas.

A la hora indicada, la Sala sonaba con el eco de voces bajas, preocupadas..., cuando la última columna de la fila central empezó a hundirse en el suelo, bajando sostenida por ella una plataforma

cuadrada de unos cinco metros, que antes formaba parte del techo. Después de un lento descenso, se posó con suavidad sobre el suelo.

En un trono sencillo de jade, estaba sentado el Gran Rukal ataviado con la túnica sacerdotal..., lo único que le distinguía de su audiencia, era el tocado de tres plumas negras, identificándole como Soberano Supremo de todo Rukankor.

Se dirigió a los sacerdotes congregados ante él.

—¿Qué os preocupa, hijos míos?

—Gran Rukal, — pronunció el Sumo Sacerdote — hay cierta inquietud en la Corte Celestial..., muchos piensan que pronto será tarde para embarcarnos..., ¡qué el cataclismo nos alcanzará!

El Gran Rukal, después de unos momentos de silencio, declaró.

—Y así es..., ¡no saldremos en las arcas! Rukulkán El Creador, tiene otro destino preparado para nosotros.

—Pero... Eminencia, así moriremos todos..., ¡los barcos están allí, anclados..., esperándonos! ¡Todavía podríamos salvarnos!

—Son solamente cascos vacíos..., — reveló el Gran Rukal — ¡nunca fueron destinados a zarpar! Los hice fabricar..., para evitar el pánico entre los Hermanos.

Mañana daréis la orden: ¡Toda la población restante, debe coger transporte para el Monte Rukán! Desde allí, Rukulkán nos llevará a nuestro destino final.

—Si es así, — titubeó el Sumo Sacerdote — ¿qué ocurrirá con el resto de la población? En ninguna de las arcas que ya partieron, viajan sacerdotes con conocimiento de nuestras ciencias y cultura, ni tampoco cargan las herramientas precisas para reconstruir nuestra civilización..., sólo ganado y semillas. No podrán ni siquiera aprovechar el material de las arcas, ya que la mayoría será destruida por los tsunamis que levantará el asteroide. Sin nuestra presencia, ¡en un par de generaciones habrán vuelto al estado más primitivo!

—Es como debe ser. — Replicó el Gran Rukal con expresión grave en su rostro — El precio a pagar por la salvación de este planeta..., la

pérdida de lo antiguo, para dar paso a un nuevo comienzo... ¡Es la voluntad de Rukulkán El Creador!

Con pavor en el corazón, pero sin albergar dudas, los sacerdotes ordenaron la salida hacia el Monte Rukán.

Dos días después, lo que quedaba de la población estaba congregado a media altura de la enorme montaña..., la mayoría convencida: “¡Nos tenemos que sacrificar por la salvación del planeta..., Rukulkán, está cobrando la deuda contraída para que la Humanidad siga existiendo!”

El Gran Rukal ya había llegado al Monte un día antes, a bordo de su transporte aéreo personal. Reunió a los científicos, para que le informaran.

—Eminencia, el momento es prematuro y faltan muchas pruebas. El Desplazador es operativo, el portal se mantiene abierto y estable. Los equipamientos y suministros ya han sido transportados. Considerando la urgencia de la situación, estamos preparados..., sin embargo podría haber contratiempos, ¡puede morir gente!

—No hay que temer, — apaciguó el Gran Rukal — todo está previsto. Éste es nuestro futuro, designado por el mismo Creador..., ¡Rukulkán, no nos fallará!

Después, el Gran Rukal mandó llamar a la Sacerdotisa del Templo de Ank'nuur. Durante los últimos años, había estado instruyéndola, para que algún día le sucediera. El resto de la jornada, se recluyó con ella en la sala de mapas del telescopio, donde le entregó un cofre labrado.

Tres días después, poco antes del impacto..., en las laderas del Monte Rukán, sólo quedaba el viento agitando los arbustos y el último canto de pájaros.

Cuando comenzó la evacuación, los Xiguán habían conseguido que la inmensa mayoría del clan fuera destinada a la misma arca, para zarpar hacia la salvación. Los que no pudieron acudir a la llamada, fueron los asignados a trabajar en las instalaciones del Monte Rukán y el centenar de hombres y mujeres infiltrados entre aquellos que atendían a los Sumos Sacerdotes, para mantener el clan al tanto de los acontecimientos en la Corte Celestial.

Su arca era una de las últimas en salir, pocas semanas antes del cataclismo.

Según las instrucciones de los sacerdotes encargados de fijar el destino para las distintas flotillas, su barco se unió al grupo de unos cuarenta, destinados a la tierra llamada "Pacha Yupán", lejos..., hacia el suroeste.

Durante la travesía, hubo muchas reuniones de Bensa, líder de los Xiguán y el Consejo de los Ancianos que le habían elegido para guiar al clan. A mitad del recorrido llegaron a la conclusión... ¡Aquello no era una forma honorable de abandonar su tierra!

Tomaron el control del arca, desembarcaron a los que así lo elegían, para unirse al resto de la flota..., e hicieron girar a la gigantesca embarcación. Fijaron el rumbo de vuelta a casa, poniendo su futuro en manos de Rukulkán..., con el fin de sobrevivir en lo que quedaría de su tierra o al menos morir con honor.

A falta de dos días para llegar, empezaron a ver estelas de luz en el cielo, aumentando rápidamente en cantidad.

Pronto había impactos en el mar, algunos con suficiente masa, para levantar olas de varios metros.

Un trozo del tamaño de dos puños cayó sobre la cubierta..., atravesó cinco niveles matando a varias personas. Los fragmentos pequeños que cayeron sobre el arca, causaron pocos destrozos.

De pronto..., llegó el grande.

En el cielo apareció otro sol, acercándose a la velocidad del rayo... Trazó una línea de fuego..., con la misma trayectoria que llevaba el arca de los Xiguán.

Instantes después de tocar el horizonte, una luz cegadora..., seguida por una gigantesca nube de fuego, humo y cenizas..., se elevó hasta los límites de la atmósfera, para después cubrir todo el cielo.

Lo primero que notaban los pocos incautos que habían permanecido en la cubierta del arca, era viento de proa, acompañado de un trueno, que dejaría sordo a los que siguieran fuera..., pero al instante ya no quedaba nadie, tampoco ninguna cosa, que no estuviera fuertemente anclada al casco... Lo que empezó como viento, de golpe adquirió tal fuerza, que arrasó todo en cuestión de segundos. Al venir de frente, no pudo volcar la embarcación..., elevó la proa del colosal barco fuera del agua, hundiendo la popa..., hasta vencer el peso del arca, haciéndola caer para sumergir la proa. Poco a poco, se estabilizó, aguantando la embestida.

Después..., lo peor. La ola superaba cinco veces la altura del arca, acercándose a una velocidad nunca vista..., ¡una montaña de agua!

Los historiadores hablaron durante siglos del milagro..., de como el gran arca subió la interminable pared de agua, hundándose en su cresta..., atravesándola como si la mano del mismo Rukulkán la guiara cual juguete..., emergió por el otro lado para descender casi en caída libre... y una vez tocado fondo..., tener enfrente otra montaña..., pero ésta ya menos alta. Apenas pasaron por encima..., así sucesivamente hasta que el mar volvió a una calma relativa..., semejante a la peor tormenta recordada.

Murieron cientos, pero el arca seguía a flote..., a duras penas...

—Cuando estas olas lleguen a las aguas menos profundas de las costas, se elevarán a una altura inimaginable, — dijo Bensa a su esposa — recemos por quienes salieron en los otros barcos, para que hayan podido llegar con tiempo a las tierras altas. Ya que Rukulkán ha tenido

a bien salvarnos, deseemos que les haya tenido la misma consideración... ¡Demos gracias!

El barco quedó por poco inutilizado, apenas pudo navegar bajo un cielo gris oscuro, tenebroso, casi negro..., una noche interminable. Caía nieve en forma de ceniza y polvo. No vieron el Sol durante semanas..., hasta contemplar un amanecer rojo, al tiempo que la nebrura se dispersaba con lentitud.

El mar seguía agitado, enfurecido..., de vez en cuando volvían a llegar olas montañosas, cual eco del gran impacto.

Tras pasar a la deriva lo que les pareció una eternidad, por fin consiguieron que maniobrara el arca.

El cielo permanecía rojo anaranjado..., infernal. El Sol apenas era un disco pálido. Sobre el mar flotaban peces..., aves muertas... y todo tipo de escombros chamuscados, desprendiendo olores nauseabundos.

Un día, el vigía dio el aviso.

—¡Tierra a la vista!

Al acercarse, algunos reconocieron la silueta de la isla que asomaba sobre el nivel del mar..., sólo que estaban acostumbrados a verla en las alturas, por encima de un mar de nubes... ¡Era la cumbre del Monte Rukán!, aunque distinta, rodeada por un halo de humo y cenizas en suspensión. Parte de las rocas volcánicas se habían vuelto a fundir y apenas le quedaban unos seiscientos metros de elevación. A media altura divisaron el enorme zócalo, que antes servía como base para el telescopio. Ahora sólo quedaba el recuerdo. Flujos de lava emanaban lentamente desde grietas por debajo de la antigua plataforma, trazando su cauce errático hasta la orilla, donde desaparecían entre nubes de vapor.

Las tierras que fueron el último hogar del clan Xiguán, yacían a varios kilómetros de profundidad.

De pronto, escucharon un rugido proveniente de la masa de roca, como si la montaña gruñera... El mar comenzó a agitarse..., la orilla parecía hervir.

Desde el arca, los Xiguán observaron con asombro y aprensión, como lo que quedaba del Monte Rukán empezaba a hundirse en el océano. La grieta de la cumbre vomitó magma y ceniza. Cuando habían desaparecido unos veinte metros, el hundimiento cesó.

El arca fue succionada hacia el vórtice formado alrededor de la cumbre del gran monte. Al chocar el agua contra las rocas, rebotó levantando olas que sacudieron el barco.

Se alejaron con premura de la isla, temiendo más hundimientos, capaces de arrastrar al enorme arca hacia las profundidades.

Bensa convocó al Consejo de los Ancianos, para debatir sobre el rumbo a seguir..., ¿era arriesgado permanecer en esta zona llena de peligros!, el Monte Rukán podría seguir hundiéndose. Había sido la cumbre más alta de Rukankor..., ya nadie albergaba esperanza alguna de volver a ver algo del viejo continente, que ahora pasaba a formar parte del fondo oceánico.

Después de largas deliberaciones, los Xiguán decidieron emprender camino hacia el este, en busca de una tierra que no estaba colonizada por refugiados de alguna de las cinco Naciones, o peor..., por el mismo Gran Rukal y su casta de sacerdotes.

Antes de volver a caer en el aislamiento entre su propio pueblo..., preferían un aislamiento total, pero en una tierra sola para ellos.

Con gran pena... y la esperanza de un nuevo comienzo..., zarparon hacia el este.

El viaje era largo y arduo, en un barco que apenas se mantenía a flote, duro de gobernar hasta para el más experto.

Pronto empezaron a escasear las provisiones. Algunos de los más débiles y enfermos, acabaron muriendo.